

MISCELÁNEA

ANTE ESPAÑA EN SU HISTORIA

Me llega la noticia de que Américo Castro, sin esperar a que se agote la primera edición de *España en su historia*, prepara la próxima publicación de un nuevo texto de su obra magnífica en que introduce grandes novedades. Este propósito de rectificación acredita su inquietud espiritual y su lealtad con los movimientos de su ánimo en torno al problema dramático del pasado de nuestra patria común. He anunciado más de una vez la inmediata aparición de mi interpretación personal del enigma histórico de España. Es notorio que me lancé a la atrevidísima aventura de investigar y de meditar en torno a esa siempre viva cuestión llevado de mi disentimiento frente a la obra de Castro. He reflexionado mucho sobre ésta. Ante la noticia de que se dispone a rectificarla, me apresuro a brindarle el repertorio general de las fallas que encuentro en su conocida construcción teórica, con la esperanza de que esta enfadosa enumeración le mueva a modificar sus viejas teorías, ahora que se dispone a retocarlas.

Desprecia Castro, con acritud, la erudición, y agitan sus páginas frecuentes ráfagas de injusto y, a las veces, sañudo desdén por cuanto los estudiosos españoles han escrito acerca del pasado de su patria. Mucha parte de *España en su historia* está, sin embargo, consagrada a disertaciones eruditas, algunas sin interés esencial para la historia española, ni para la investigación de las formas hispánicas de vida.

Su desdén por la erudición y los eruditos le hacen, en cambio, incurrir en no pocos errores y en no pocos olvidos y le induce a llegar a conclusiones equivocadas en muchas cuestiones por él planteadas como transcendentales. No me sería difícil acumular aquí una serie de esos menudos y medianos pecados contra la exactitud histórica. Mas no me he aventurado a escribir estas páginas con ánimo hostil y no he de registrar tales errores y olvidos. Deseo vivamente que « las cañas no se tornen lanzas » y he de esforzarme para lograrlo. Pero quiero llamar su atención sobre ellos, para que los rectifique *motu proprio*.

Y confío en que Castro comprenderá la magnitud del homenaje que rindo a su obra. Ninguno mayor puede ofrendarse a un libro que la redacción de otro para contradecirle. Las obras que suscitan reacciones críticas y que atraen polémicas son obras por las cuales corre la vida.

ASENTIMIENTOS Y RESERVAS

« En un modo u otro España — dice Castro — nunca estuvo ausente de Europa y sin embargo su fisonomía fué siempre peculiar ». « Un agudo psicologismo matiza cuanto a ella se refiere: en sus nacionales arrogancia, melancolía, escepticismo y acritud frente a los extraños; en éstos, aire desdefioso, inexactitud calumniosa y a veces entusiasmo exaltado ». « Las maravillas logradas gracias a la forma hispánica de civilización se admiran sin regateo cuando su perfección alcanza límites extremos (Cervantes, Velázquez, Goya) y cuando no rozan la vanidad o el interés de países políticamente más poderosos ». Castro acierta al escribir tales palabras y acierta también al afirmar que el español ha sido: « Hipotético en cuanto a la prosperidad material y a la sensación de feliz placidez a que el europeo del siglo XIX fué habituándose cada vez más; pero seguro y afirmativo en cuanto a la capacidad de crear formas y símbolos de expresión para el sentimiento del vivir y del morir; del conflicto entre lo temporal y lo eterno ». « Tales realidades no pueden ser juzgadas tomando como criterio de juicio histórico el pragmatismo instrumental del siglo último », dice Castro con razón, pero sin ella declara: « los fenómenos máximos de la civilización española no son calculables racionalmente sino estimables afectivamente ».

Estas últimas frases de Castro descubren cómo a la postre, sin darse cuenta, es todavía prisionero del positivismo racionalista, que censura en los otros, puesto que declara inapta a la razón para juzgar de la cultura y de la vida hispánicas. Pero ello no es óbice para que haya elegido un exacto punto de partida, del que todos debemos arrancar en adelante, si queremos comprender y explicarnos la historia española.

También es lúcida y fecunda su afirmación de que no cabe juzgar del pasado español conforme a la idea que suele presidir las interpretaciones habituales de la historia; las civilizaciones, nacen, progresan y se agotan, porque la civilización española ha sobrevivido a las más graves crisis y ha superado los más sombríos vaticinios. España ha dado siempre al mundo grandes genios, cuando el mundo menos los esperaba, y no ha caído en la condición de un puro pueblo de labriegos, contra lo que han creído incluso los propios españoles.

Al apostillar tal teoría acredita otra vez Castro que no se ha liberado del peso muerto de las mismas ideas que combate. Parangona la historia hispana con la de otros pueblos de Occidente, que si hace unas décadas podían despertar el optimismo de los historiadores, hoy siguen procesos históricos por los que España ya ha pasado y que muy probablemente brindarán a los historiadores del futuro imágenes parejas de las que ha ofrecido ya, a los de ayer, nuestra común patria española. Pero su insinuación de que es forzoso contemplar el avanzar histórico de los peninsulares desde el punto de mira de lo que Ortega llamaría la razón vital, no puede dejar de ser tenida en cuenta.

Aunque también con reservas cabe suscribir asimismo algunas otras ideas liminares de Castro. « España, dice, ha sido un sujeto problemático que tuvo que ir creándose y manteniéndose mientras vivía ». ¿Ostará nadie discutirlo? ¿Han sido diferentes las historias de las otras naciones? Castro agravia a Menéndez Pidal al afirmar que admite la perduración de España como entidad fija desde antes de Cristo hasta nuestros días. El gran historiador citado cree sólo, como Castro y como yo, en las constantes o invariantes históricas y ha procurado destacar algunas de las que pueden señalarse en el pasado hispano. Castro mismo sostiene que la tradición prolongada fija en rasgos *indelebles* la manera de ser de los pueblos y tiene sin razón a lo islámico por impermeable y eterno.

Acierta Castro al afirmar que España hubo de ir creándose y manteniéndose mientras vivía. Ahora bien, como secuela de esa lúcida afirmación ¿no habría Castro debido consagrar algunas páginas de su extensa obra a estudiar la trascendental cuestión de cómo se hizo y se mantuvo en verdad España a través de los siglos?

Como Ortega y como yo, Castro traslada desde la modernidad hasta la Edad Media la época decisiva de la historia española y ve conmigo en las singularidades de la cristiandad peninsular frente a las formas de vida y de cultura de Occidente la clave del enigma español. Castro aventura sin embargo al ocuparse del medioevo hispano algunos juicios temerarios: « Los historiadores, dice, han creído que la España cristiana era un mundo fijo sobre el cual caían palabras, literaturas, instituciones musulmanas ». Quizá lo ha creído él hasta su conversión en el camino de Damasco; los auténticos historiadores, no. Mi pobre y viejo ensayo *España y el Islam* se alza contra su injusta afirmación. Y ni siquiera los arabistas pueden ser acusados de haber aceptado el error de que Castro nos acusa a todos.

Las apostillas registradas no habrían merecido ver la luz sino consti-

tuyeran los primeros eslabones de una serie de tesis mucho más necesitadas de rectificación.

La formulación sintética de las observaciones que me sugiere *España en su historia* tiene que adquirir sin remedio un tono de censura difícil de evitar. Por la obligada concisión a que me es forzoso reducirlas y porque toda acumulación de advertencias críticas es tarea sobremanera ingrata. No la he acometido sin tristeza. Porque todo juicio adverso hiere y está además expuesto al deslizamiento hacia la aspereza y la violencia; a menos que se posea una extrema suavidad de maneras, un gran talento y una pluma muy dócil. Me faltan tales condiciones. Atribúyase a torpeza y no a la mala intención si tropiezo en el escollo que señalo.

1) FALSAS PREMISAS

Tres géneros de observaciones generales provoca la lectura crítica de *España en su historia*. Se refieren muchas a las falsas premisas históricas de las cuales ha partido Castro.

A. La España anterior a la invasión árabe no cuenta para él en el nacer de las formas hispanas de vida. Podríamos creer que la juzga en estado de nebulosa, a tal punto la supone inoperante. Las macizas migraciones y conquistas que padeció o gozó la Península en el curso de los milenios anteriores a la historia, su multiseccular contacto con las culturas mediterráneas, los siglos de señorío romano y visigodo y las centurias de cristianismo no habrían logrado abrir cauce a un estilo vital digno de tenerse en cuenta al estudiar el proceso histórico del que fueron surgiendo España y los españoles.

B. Ninguna atención ha merecido a Castro la unidad de la milenaria tradición mediterránea, como factor de aproximaciones y de coincidencias entre lo hispano y lo arábigo. Es lícito enraizar en ella no pocas ideas, instituciones y formas de vida de uno y otro confín del mundo en torno al gran mar interior. Y no ha tenido en cuenta tampoco los contactos milenarios y muy frecuentes y repetidos entre los pueblos del Mediterráneo oriental y de la península hispánica, contactos que se prolongaron hasta avanzada la historia hispano-goda — la alta clerecía andaluza y lusitana de fines del siglo VI y de comienzos del siglo VII procedía de Oriente o en Oriente se había formado — y que anticiparon en varias ocasiones la acción de lo islámico en España.

C. Un puñado de orientales que al llegar a España en 711, no tenían un siglo de islamismo y un grupo de berberiscos, recién convertidos al

Islam, habrían hecho el milagro de arabizar a los peninsulares de Al-Ándalus en un abrir y cerrar de ojos, puesto que para Castro en 711 se inicia la simbiosis de lo islámico y lo cristiano en el Norte de España. Olvida que esos grupos de orientales y de bereberes eran aún meras colonias militares a fines del siglo VIII y que durante todo el IX hubieron de resistir las acometidas de los ocho millones de españoles por ellos dominados.

D. Ese puñado de orientales llegados a España cuando lo arábigo-islámico estaba aún en formación, habría sin embargo arabizado tan intensamente los procesos de conciencia y los mecanismos emotivos y pasionales de los peninsulares, que habrían sido saturados de orientalismo hasta los mismos mozárabes, emigrantes al Norte por su fidelidad a su tradición espiritual, y hasta los muladíes de las fronteras, alejados del ombligo político de Al-Ándalus y en feroz pugna con sus dominadores. Pero es el caso que esos miles de orientales al cabo de tres siglos se hallaban tan diluidos entre los españoles, que apenas si corrían por sus venas algunas gotas de sangre siria o árabe, y que desde el 757 vivían aislados políticamente del imperio islámico y en esporádica y menguada comunicación cultural con Oriente.

E. Las masas berberiscas que acababan de ser sometidas y convertidas al Islam en 711, masas cuyas formas de vida nada tenían de orientales a la sazón, aunque constituyeron la gran mayoría de los inmigrantes musulmanes venidos a España, no merecen a Castro la más mínima atención. Como si su parentesco racial y psíquico con buena parte de los peninsulares no hubiera debido de contribuir de algún modo a reforzar la contextura vital hispana anterior a la invasión muslim. Esos berberiscos africanos siguieron cruzando el mar en gran número durante los siglos VIII al XIII, como mercenarios o como colonos, y esa no interrumpida inmigración hubo de prolongar la conjunción de formas de vida y de cultura entre los moradores de uno y otro lado del Estrecho. No puede ser casual, por ejemplo, que los fundadores de la secta de los *ṣāḍīlīes* fueran rifeños o andaluces de zonas intensamente berberizadas; ni que los alumbrados, emparentados históricamente con los *ṣāḍīlīes*, hallaran campo fértil en Extremadura, donde habían hallado hogar muchos bereberes durante la ocupación islámica de España.

F. Unos grupos de mozárabes, hostiles y poco permeables a la carga cultural de los islamitas, y los muladíes de las fronteras, en secular batalla con sus dominadores orientales, habrían sido tan formidables agentes de propagación de las formas de pensamiento y de vida arábicas,

que sus contactos con los cristianos libres del Norte habrían orientalizado la estructura vital de los mismos.

G. Unos grupos de hebreos, sólo importantes numéricamente en los reinos cristianos desde principios del siglo XII, cuando ya estaba acuñado el estilo vital hispánico, habrían podido cambiar los rumbos históricos del pueblo español. Gran empresa para ser llevada a cabo por núcleos ora despreciados, ora odiados, ora envidiados por las masas populares y siempre parásitos en la sociedad cristiana.

II. Los españoles de raza, por su islamización, se habrían convertido en orientales. Tras tres siglos de vida entre esos peninsulares, orientalizados por artes de magia, se habrían arabizado los hebreos que habitaban en España desde antes de la Diáspora. Pero esos islamitas y esos judíos, aunque luego vivieran medio milenio entre los cristianos de la Península, habrían seguido siendo puros árabes y puros hebreos, nunca habrían sufrido el contagio de lo hispano-occidental, habrían continuado durante quinientos años irradiando semitismo y sus creaciones literarias no habrían debido nada a los cambios culturales de la cristiandad dentro de la que habitaban.

I. Lo hispánico anterior al 711 habría sido tan poco vital, tan débil, tan permeable, tan inestable que todo lo español acuñado en milenios se habría licuado, evaporado, esfumado, en unas décadas y no habría ejercido ninguna acción sobre lo islámico peninsular. A diferencia de lo ocurrido en otros países conquistados por los árabes, en Persia, por ejemplo, donde el pueblo premuslim no habría perdido, según Castro, su personalidad.

J. Esa debilidad vital de lo hispano habría lastrado de impotencia incluso a lo arábigo-español, que no habría ejercido ninguna acción en lo islámico oriental. Ninguna coincidencia de lo musulmán de España con lo musulmán de Oriente podría ser por ello fruto de la recepción en ésta de creaciones peninsulares. Los orientalistas no opinan así y han señalado no pocas de las influencias ejercidas por lo hispano-arábigo en lo arábigo-africano y en lo arábigo oriental: el arte cordobés de los primeros tiempos emirales, que enraizado en la tradición hispana desborda pronto las fronteras de la España islamita; la lírica popular andaluza que nace en Al-Ándalus muy vinculada a formas poéticas españolas premuslimes y se imita luego en tierras orientales; la doctrina mística y panteísta de Ibn Masarra, que injertada en el sufismo español de la escuela de Almería pasa a fecundar la síntesis panteísta y teosófica de Ibn Arabí y que por obra de éste lleva el espíritu masarrí hasta los más alejados confines del oriente islámico; la secta de los *ṣāḍilīes* que se

propagó pronto por África e inspira aún las extravagancias de las cofradías religiosas marroquíes...

II) ERRORES DE MÉTODO

Castro comete además algunos graves errores de método que le llevan a deducir equivocadas consecuencias teóricas.

A'. No discrimina siempre con acierto las fuentes en que basa su tesis. Junto a textos, por su coincidencia, de seguro valor probatorio, aprovecha también frases aisladas, hijas espúreas de un movimiento anímico sin raíces colectivas y refranes tardíos o de limitado crédito regional... mientras desdeña, a las veces, masas documentales de autoridad indudable para conocer la contextura vital de los peninsulares. No se ha detenido a consultar el gran volumen de las escrituras privadas y de los diplomas reales en los que es fácil hacer gran cosecha de indicaciones precisas sobre el estilo hispano de vida. Y de entre el rico caudal de noticias que brindan obras literarias o jurídicas extensas e importantes elige con frecuencia un único fragmento como exponente del pensamiento, de la sensibilidad o de la organización de los hispanos, y le interpreta en contradicción con la masa compacta de los testimonios que la misma fuente histórica nos brinda. Tal hace, por ejemplo, al comentar un aislado pasaje de « Las Partidas », de sabor oriental, para juzgar de la articulación política de Castilla y al presentar como características de la psicología de Don Juan las palabras que ¿Tirso? pone en sus labios cuando le hace defenderse de la muerte espada en mano.

B'. Castro se enamora de algunas bellas frases de místicos o poetas islamitas, por ellos acuñadas con exclusiva referencia a la más exquisita vida espiritual, y que por la patria oriental de sus autores — a veces persas, a veces árganos — no reflejan, en modo alguno, la ideología colectiva de los pueblos musulimes, ni proyectan normas generales de vida de las masas musulmanas peninsulares. No se para a delimitar su verdadero significado y su auténtico valor ni se detiene a calcular la posibilidad o imposibilidad de que llegaran a servir de expresión de estados de pensamiento o de voluntad de los cristianos españoles. Y, sin embargo, las emplea con frecuencia como exacta expresión de los procesos de conciencia o de los mecanismos emotivos o pasionales de los hispanos. Tal ocurre, por ejemplo, con la frase de Al-Hallaÿ: « Todo es pura nada... accidentes subjetivos y efímeros, sobrepuestos al átomo de nuestro corazón ». O con la afirmación de Ibn Arabí de que quienes se consagraban a la vida espiritual debían « vivir con todo su ser ».

C'. A las veces, de una golondrina hace verano y se aventura a caracterizar la estructura funcional de todo un pueblo sobre la base de la singular postura vital de un hombre, mera exteriorización del singular equilibrio entre la trinidad de fuerzas integrantes de su yo individual: razón, emociones e instintos. El lirismo de don Jaime el Conquistador basta a Castro para teorizar sobre la condición de los catalanes. Olvida en éste y otros casos lo que pudo deber la proyección temperamental del hombre de carne y hueso por él analizado: a su propia fórmula endocrínica, a su propia contextura vital y humana y al curso proceloso de su vida.

D'. En ocasiones, tras un razonamiento impecable, construido sobre datos exactos y precisos, su ibérica pasión por su tesis le lleva a dar un brinco audaz sobre el vacío, para enraizar en la contextura vital de los islamitas orientales, la manera de estar en la vida de un hombre o de un pueblo peninsular o cualquier inclinación anímica o emocional de uno u otro. Razona con rigor sobre la acción continua de Alá en el mundo; « Todo está incluso en la fluencia creativa e incesante de lo divino », dice, y de pronto concluye: « La conciencia personal incluye así la vivencia de las cosas y personas vecinas. Es el islámico un mundo de buena vecindad »... Así hace también, por ejemplo, en el caso de don Jaime el Conquistador. De sus rasgos líricos, de su orgullosa cargazón emocional y de su conocimiento de la nobleza, Castro deduce el poco respeto del Conquistador por la sociedad en torno a él, su captación de la realidad teniendo en cuenta el propio interés en que se borra la distinción entre lo alto y lo bajo, entre lo digno y lo vulgar, « con lo que nos encontramos de nuevo, añade, en el ámbito de la tradición moruna ». Y los brincos registrados no son de los más audaces.

E'. La más liviana semejanza de una forma de vida, de pensamiento, de expresión o de creación artística del mundo islámico o de la España musulmana, con formas de pensamiento, de expresión, de creación artística o de vida de la España cristiana medieval o moderna, bastan a Castro para afirmar su relación genética. Aunque el parecido sea remotísimo y pueda explicarse por claros caminos y aunque separen más de cinco siglos a sus pretendidas manifestaciones históricas y no quepa establecer enlace entre ellas. Tal hace, por ejemplo, al enlazar la figura de un sobrino de Almanzor, muerto antes de 1022, con el Don Juan de Tirso, nacido en el siglo xvii. Y al vincular metáforas poéticas del rey sevillano Al-Mutamid (siglo xi) con algunas frases poéticas nada asombrosas de Lope de Vega.

F'. Su desprecio por la erudición induce a Castro a no conceder la

atención precisa a la cronología y ese menosprecio no sólo le hace caer en algunos errores sin relieve, sino que le induce a formular equivocadas teorías de gran trascendencia histórica. Ya por desconocer la época exacta en que comenzaron algunos procesos decisivos de la vida española, ya por dar más de un salto de varios siglos a través de la historia. Por desconocer que el estilo señorial de vida de los castellanos es muy anterior al señoreamiento por ellos de masas de moros y judíos, le hace derivar de la consciente explotación de las mismas. Y se atreve a vincular el origen de la leyenda jacobea del Santiago *Miles Christi*, con la supuesta aparición de los Dióscuros en algunas jornadas guerreras ; mil quinientos años antes !

G'. Castro olvida que las semejanzas de las formas de vida de dos pueblos son a veces fruto del paralelismo entre dos estados sincrónicos de desarrollo cultural o de la casual coincidencia entre dos estilos vitales y que no implican siempre, por tanto, una filiación genética, ni siquiera una más o menos intensa interferencia. Al mismo cansancio poético se han atribuido con razón las aproximaciones que cabe establecer entre la poesía arábigo-andaluza y la poesía gongorina. « En todas las épocas, dice Dámaso Alonso, agotadas una técnica y una imaginación, los poetas sienten el no mitigable prurito de la variación ».

H'. Castro olvida también que en épocas y países muy distintos, hombres empujados por el azar a situaciones más o menos parejas han podido concebir los mismos pensamientos. Con razón ha dicho Ortega y Gasset que en la historia « la igualdad de dos ideas no significa nada : es preciso... demostrar el influjo efectivo de la una sobre la otra ». Las mismas reflexiones sobre el Corán que movieron a Umar a ordenar la destrucción de la biblioteca de Alejandría, fueron formuladas en relación a la Biblia por Wiclef, siete siglos más tarde. Virtudes sobrenaturales atribuyeron los nafadíes a los príncipes Fatimíes como se las concedieron los clérigos galos a los reyes Capetos. El mismo pensamiento acuñado en el soneto « No me mueve mi Dios para quererte » había sido concebido cuatrocientos años antes por un sufi africano. Y nadie se atreverá a suponer al heresiarca inglés inspirándose en el califa musulmán, a los reyes de Francia imitando a los soberanos de Egipto o al poeta español plagiando al místico islamita de allende El Estrecho.

I'. No obstante su gran erudición, Castro llega a aventurar algunas afirmaciones erróneas al parangonar y contrastar las prácticas y doctrinas cristianas con las doctrinas y las prácticas islámicas — llega a escribir : « ; En el cristianismo el Padre es al Hijo y al Verbo como Alá será luego a Mahoma y al Libro !! » — y llega a suponer resultado de la imi-

tación, de la influencia o del injerto de formas de pensamiento o de conducta musulmanas exteriorizaciones de la fe o de la moral de los españoles, claramente enraizadas en las más puras tradiciones del cristianismo.

J'. Tan acucioso allegador de semejanzas entre el cristianismo español y el islamismo oriental no concede apenas relieve a la cristianización del Islam en Oriente y en Al-Ándalus, cristianización estudiada por Asín y que explica muchas de las aproximaciones que a las veces acercan la sensibilidad religiosa de los cristianos y de los musulmanes peninsulares. Por no haber prestado suficiente atención a esa sustancial cristianización del islamismo, se extasia, por ejemplo, ante piadosas teorías sufíes — todos los caminos llevan a Dios y al orar no olvides a los infieles — que están ya implícitas en el Evangelio — recuérdense las palabras del sermón de la montaña — y que cuajan después en la teología patristica y en la tradición popular religiosa cristiana.

K'. Mientras bucea con celo extraordinario en la historia del Islam para hallar concordancias, semejanzas, aproximaciones o contactos con lo hispano, no ha llevado a cabo una exhaustiva investigación comparativa de lo español con lo europeo occidental. Ella le habría permitido comprobar que buena parte de lo que juzga formas de vida, de pensamiento o de expresión singulares de los cristianos de Hispania, aparecen allende el Pirineo en pueblos donde no pudo producirse la simbiosis de la que Castro deriva todo lo peninsular.

L'. Para Castro la pobreza mental de los cristianos libres del Norte de España habría sido tal que todo lo habrían debido a moros y judíos. Incluso cuando sus formas de vida o de pensamiento coinciden con las de los otros pueblos del occidente de Europa, Castro se esfuerza con gran agudeza, eso sí, en explicar mediante barrocas exégesis que aquéllas derivan por caminos torcidos de formas de vida o de pensamiento islámicas o hebraicas. Y por su falta de fe en la personalidad creadora de los hispanos islamitas o cristianos, cuando algunas de sus esencias o de sus construcciones no coinciden con las orientales o con las occidentales, no se le ocurre a Castro la idea sencilla de que pueden ser puramente españolas y se lanza a imaginar complicadas elucubraciones para buscar su entronque dentro del mundo islámico o judío.

M'. Castro quiere suprimir del léxico de la historia española medieval el vocablo influencia para reemplazarle por el muy distinto de simbiosis. Exalta así la eficacia de muchos contactos que no llegaron a provocar en verdad sino más o menos vivaces o más o menos torpes imitaciones.

N. De la simbiosis de lo islámico, lo hebraico y lo cristiano hace nacer Castro la contextura vital de los españoles. Olvida de continuo que por la pugna de ocho siglos hubo de ser más fecundo en el cristalizar de la herencia temperamental del pueblo español lo que pudiéramos llamar, siguiendo su juego lingüístico, antibiosis.

III) MENOSPRECIO Y EXALTACIÓN DE FUERZAS GENERADORAS DE LA HISTORIA

Su devota sumisión a la última moda filosófica sobre la interpretación de la vida y de la historia, sus personales aunque no siempre acertadas concepciones históricas y su total desdén, de hombre informado, por las viejas teorías, llevan a Castro a menospreciar muchas fuerzas que han sido decisivas en el cuajar de las formas de vida del pueblo español y a exaltar otras de acción menos activa en la fijación de aquéllas.

A". La geografía no cuenta para Castro como factor digno de consideración en el suceder histórico. Se ha negado que la geografía rija el curso de la historia. Suscribo esa negativa porque la historia es en verdad resultado de un complicadísimo entrecruce de fuerzas motrices. Pero nadie ha negado y nadie niega hoy la influencia ejercida por el medio geográfico en el acuñarse de la personalidad de cada pueblo. Al colocarle en el centro de las corrientes fecundas de la vida espiritual o de la vida económica de cada época histórica o al arrinconarle lejos de ella — Grecia y Venecia tienen la palabra; al favorecer el fácil despliegue de las energías nacionales mediante el regalo de un suelo fértil y rico, de un clima propicio y de comunicaciones cómodas y baratas, o al obligarle a gastar esas energías en una dura y continua batalla con una tierra pobre y áspera, de clima extremado, de caminos montañosos y difíciles — invito a Castro a comparar Francia con España; al favorecer o al dificultar el desarrollo de la vida industrial de una nación con la abundancia o la falta de las primeras materias precisas para ella — parangonemos la riqueza carbonífera de los países germanos y sajones con la pobreza en carbón de los latinos; al mover al espíritu a concentrarse en sí mismo o al lanzarle en grandes cabalgadas hacia el mundo exterior — pensemos en Galicia y en Castilla; y mediante otra serie de circunstancias y procesos muy varios, la tierra ha contribuido eficazmente a la formación del estilo vital de cada una de las comunidades históricas de todos los tiempos. ¿Cómo negar la decisiva acción de la extrema occidentalidad de España en el curso de su historia? ¿Cómo desconocer las dificultades

que el suelo castellano ha opuesto a la industrialización de Castilla? No pueden explicarse desconociendo el factor geográfico muchas de las singularidades de España frente a los otros pueblos de Occidente y muchas de las diferencias que separan las esencias últimas de las diversas tierras peninsulares, pobladas por las mismas gentes y de historia nada disímil. Castro ha olvidado de continuo la eficacia del factor geográfico en el vivir de *España en su historia* y no ha distinguido con cuidado de regiones para concordar la realidad de los valores históricos hispanos.

B". Castro niega todo valor a la historia económica de la cristiandad española en el forjarse de las formas de vida hispanas. Es fecunda la negativa a ver en el curso del pasado la pura acción de necesidades y apetencias materiales. Pero el *modus operandi* de cualquier pueblo no ha podido madurar en un puro mundo de ideas, desprendido de todo contacto con la tiranía eterna del vivir. En el gigantesco entrecruce de acciones y reacciones que es la historia, las fuerzas espirituales y materiales se han influido de continuo. Y Castro contradice su apriorismo al atribuir, con razón, gran eficacia en la Edad Media peninsular a la tarea de la repoblación, y al hacer depender, sin razón, del oro de América a la historia moderna de España. La contextura temperamental de Castilla se proyectó sin duda en el proceso de su vida económica durante el medioevo. Pero ¿pudo escapar la estructura funcional de los castellanos a la influencia de las singularidades de su economía? ¿A la proyección histórica de sus peculiaridades agropecuarias: magras y desiguales cosechas, pastoreo trashumante, la lana como única riqueza nacional? ¿A las dificultades que oponían a su industrialización su lejanía del eje económico de la Europa occidental, su vida al margen de los mercados del mundo islámico y su falta de fáciles comunicaciones interiores que permitieran el transporte barato de sus mercaderías? ¿Al influjo de las continuas migraciones repobladoras que llenaron varios siglos de su historia, al de las fronteras políticas que apartaban en la Península regiones de producciones y necesidades complementarias y a la acción de otros varios factores, adversos a su desenvolvimiento económico con los que hubo de luchar? Y otro tanto y con mayor dramatismo ocurrió en el curso de la historia moderna, durante la cual fué aun más fecunda en crueles resultados la recíproca acción de la contextura vital hispánica en la economía española y de ésta en la acuñación del estilo de vida de los peninsulares.

C". Castro desprecia lo biológico como fuerza motriz de la vida humana y por tanto de la vida histórica. Cuando enfrenta una explicación de la postura vital de un español basada en ésta o en la otra tara o apetito fisiológico exclama: «esto es positivismo». Se adivina tras esas

palabras un gesto solemne de excomuni6n contra una doctrina her6tica y a la par de desd6n frente a una tesis caduca. Peligrosa actitud. La 6nica teoríahist6rico-filos6fica que no caducará jamás, es la que implica la historicidad, es decir, lo mudable de todo lo concerniente al hombre y naturalmente lo efímero de sus propias teorías sobre la historia. Tanto pecaron contra ella los que despreciaron la fuerza gigantesca de lo espiritual en el existir de las comunidades históricas como los que hoy se burlan de lo biológico y niegan a este pobre cuerpo humano que encierra nuestra psiquis la más mínima acci6n en nuestra existencia individual y en el existir histórico. ¿Cuándo vamos al cabo a renunciar a la vieja afici6n a definir pecados? ¿Cuándo llegaremos a distinguir matices?

D". No sé si distingue Castro con suficiente nitidez lo vital de lo cultural. Cabe estar saturado del complejo de ideas que integran en un momento cualquiera el acervo espiritual de una comunidad humana, hallándose inscrito en los cuadros existenciales de otra. El espíritu, de proyecciones más universales, se deja captar con no demasiada dificultad por los pensamientos que flotan en el ambiente. La sensibilidad, las emociones, los impulsos, las pasiones, de raíces mucho más personales, no se alteran fácilmente ante el impacto de lo exterior. Es esa facies del yo la que desborda sobre el mundo en torno, según la propia textura vital insobornable. Los españoles contemporáneos, incluso los más europeizados, son buena prueba de tal diferencia. Castro no la ha percibido o no ha querido percibirla al estudiar nuestro medioevo. Y por ello la inserci6n de un hispano-musulmán en la esfera de la cultura árabe supone, para él, la arabizaci6n de su estilo vital. No; pudieron ser orientales las ideas e hispanas las reacciones anímicas. Y así lo fueron en la mayoría de los casos, pese a Castro. Pueden calcularse sin esfuerzo los frutos amargos de esa indiferenciaci6n de nuestro colega al valorar los parentescos entre lo cristiano y lo musulmán español.

E". Tampoco cuentan para Castro los grandes tirones dados— a veces hacia adelante y a veces hacia atrás— por las individualidades de excepci6n en el navegar histórico de los peninsulares y por ende en el madurar del estilo hispánico de vida. Han disputado otros pensadores sobre si las fallas de la historia de España se deben a la insubordinaci6n de las masas o a la ausencia de minorías eficientes. Castro sólo presenta en acci6n al coro; olvida que el español es el pueblo europeo donde más fecunda ha sido la acci6n del hombre sobre el hombre. Olvida que en el crucero zigzagueante y maravilloso de España por los océanos de su historia fueron poco frecuentes los timoneles que supieron captar las

ráfagas del viento favorable en sus flácidas velas y que hicieron avanzar la carabela hispana por derroteros luminosos; y muchos los que cegados por torpes espejismos o sacudidos por locas ambiciones, la lanzaron a capear tremendos temporales y acabaron estrellándola contra bravas y rocosas costas.

F". Influidó por la moda, desprecia el materialismo histórico, pero no se cuida de rastrear la eficacia de las ilusiones y de las pasiones — «codicias, amores, miedos» — de las masas españolas. No obstante haber sido el pueblo hispano el grupo humano del Occidente de Europa, donde, desde siempre, ha desempeñado mayor papel la exaltación «agónica» de lo que Ortega ha llamado el alma — es decir: de los sentimientos, emociones, deseos, impulsos y apetitos del individuo — por causas que cabe explicar.

G". Castro no ha parado mientes en la eficacia del temperamento, las inclinaciones anímicas, la contextura espiritual, el dinamismo volitivo de cada hombre dentro del ambiente cultural y vital en que nace y vive. A cada paso trata de hacer resaltar las posibles interferencias de las ideas, creencias, sensibilidad o formas de vida cristianas o islámicas en las grandes figuras hispanas de cualquiera de las dos religiones. Rara vez ha sentido la necesidad de indagar y sobrepesar lo que en sus hechos y en sus creaciones hubo de reflejo de su yo individual. El hombre como tal, con lo que le distingue y caracteriza, naufraga para Castro entre las olas del mundo espiritual en que navega. Castro reduce así a las grandes figuras humanas a meras marionetas de cuyos hilos tira, en el gran guñol del mundo, un poder misterioso que les hace pensar, hablar, agitarse, actuar con ideas, sentires, gestos, voces, palabras, prestados del único auténtico ser histórico que, contra la tesis vitalista de Castro, resulta ser así el ente colectivo de una cultura.

H". Ese grave olvido de Castro, de un Castro que coquetea con el existencialismo y admite la decadencia del racionalismo, pero que realiza así la más formidable abstracción intelectualista, le lleva a establecer demasiado, audaces paralelos humanos y literarios. Toda aproximación, semejanza, parecido o contacto entre las ideas o las formas de sentir o de expresarse de dos figuras históricas, le bastan para deducir su filiación espiritual. Pero tales contactos, semejanzas, parecidos o aproximaciones, pudieron ser resultado de los que acercaban los mecanismos de conciencia, los procesos volitivos, las pasiones anímicas, las flaquezas físicas y las contexturas vitales de los hombres de carne y hueso enfrentados por el apasionado y a la par espectral paralelo de Castro. Porque muchas veces la cercanía entre sus modos de idear, su sensibilidad y su tempe-

ramento hubo de influir en el parentesco de sus pensamientos y de sus hechos no menos que la semejanza o la filiación de la cúpula vital bajo la cual transcurrió su vida.

I". Lo lingüístico y lo literario tienen para Castro valor primordial en el forjarse de la contextura vital hispana. Como si la adopción por el camino de la imitación — influencia — o la creación por obra de la simbiosis — más eficaz aún — de unos centenares de vocablos o de unas docenas de frases — en algunas regiones solamente — y de algunos estilos literarios o artísticos — cuyas raíces pueden remontar a antes de 711 — pudieran haber sido decisivas en la cristalización de lo hispánico. Ni siquiera lo fueron en la arquitectura esencial de la lengua ni en la esencia última de las creaciones literarias o artísticas en que se usaron. Esa devoción por las cuestiones lingüístico-literarias le lleva, por ejemplo, a destacar la aparición del tipo del pelmazo en las letras castellanas, en los *Proverbios* de Don Šem Tob y a no prestar atención a la crisis de los municipios y de las cortes de Castilla que tenía lugar por entonces, crisis mucho más decisiva como creadora y como exponente de la contextura vital española.

J". Para Castro sólo cabe reconocer a un pueblo por lo que escribieron sus hombres. Cuando faltan obras literarias escritas por miembros de la comunidad histórica española, Castro no cree posible indagar las formas de pensamiento y de vida de tal comunidad y renuncia a estudiarlas. ¿No cabe sin embargo descubrir la personalidad de los hombres que no han escrito libros? ¿No podemos adivinar cómo han sido por lo que han hecho, por cómo vivieron y alentaron en su existir diario y por cómo reaccionaron en las muchas apretadas coyunturas en que hubieron de hallarse? Por ese resabio de su preparación originaria de historiador de la literatura sólo se asoma en verdad a la historia española cuando comienzan a existir obras literarias en romance, lo que le lleva a suponer nuevas formas de pensamiento o de vida que sólo entonces fueron consignadas por plumas hispánicas.

K". Castro no concede la precisa atención a los marcos institucionales — sociales y políticos — dentro de los cuales maduraron las formas de vida de la España medieval, no se ha detenido a estudiar los procesos de que nacieron, ni sus arquetipos, ni sus mudanzas evolutivas: los desdeña como fuerzas de creación histórica y los deja de lado sin rubor. Y sin embargo influyeron decisivamente en el abrirse de los cauces de vida de los españoles e incluso en el acuñarse de sus formas de expresión literaria. La épica castellana fué como fué, porque Castilla era un pueblo de hombres libres.

L". Castro conoce maravillosamente los siglos XVI y XVII de la historia espiritual de España. Por ello sus juicios de la etapa anterior del pasado español — que ha estudiado sobre las fuentes literarias desde el siglo XII y que no le es bien conocido hasta esa época — parten de sus ideas sobre ese período del pretérito hispano que presidieron los Austrias. Por ello Castro supone a los españoles sacudidos desde siempre por el mismo angustioso vivir desviándose en que alentaron los hispanos, tras su choque con el mundo nuevo en los días de la Contrarreforma. Al aventar tales ideas Castro contradice su tesis sobre el continuo hacerse de España.

M". Y la contradice después y contradice su concepción histórica, al creer indeleble y perdurable la forma hispánica de vida acuñada en la Edad Media, olvidando lo que nuestra historia moderna en su período más vital hubo de afirmar y de cambiar de la herencia temperamental del Medioevo, por obra : de la nueva posición geográfica de España tras el cruce del Atlántico, de los nuevos horizontes de su política internacional como ingrato corolario del casual advenimiento de los Austrias, de las singularidades biológicas de Carlos V y de Felipe II, del torpe enfrentamiento de los problemas espirituales iniciales de la Modernidad, de las fallas económicas del suelo español para resistir los cambios de rumbo de la vida industrial y mercantil modernas, del agotamiento espiritual y material de un pueblo sobre el que pesaba una carga superior a sus fuerzas y de tantas otras circunstancias históricas, ajenas a la propia voluntad de los españoles, que ejercieron presión decisiva sobre la afirmación o mudanza de su contextura vital.

No sería difícil la apostilla de cada una de estas observaciones sobre las equivocadas premisas de que parte Castro, con ejemplos precisos. No lo sería tampoco el alegato de las consecuencias erróneas a que le ha llevado su inexacto planteamiento del proceso histórico del cual surgieron las formas hispánicas de vida. He de realizar tal apostilla y tal estudio en la obra anunciada. Porque pretendo demostrar el error de la seductora tesis de mi viejo colega y amigo : a los españoles e hispano-americanos y a cuantos se interesen por el problema esencial del pasado de España ; y porque aspiro, incluso, a convencer de su yerro al mismo Castro, si ello fuese posible. Necesito acometer tal prueba para poder exponer después, despaciosamente, mi propia teoría sobre el surgir del estilo de vida español. Teoría que aspira a conjugar lo hispánico anteislámico con la innegable decisiva influencia en la herencia temperamental española de la áspera y dilatada pugna de los cristianos peninsulares con el Islam, durante cerca de ocho siglos : y con la eficaz acción

de las nuevas gestas españolas, a través de la época inicial de la Modernidad, en el cuajar de la contextura histórica de la España de hoy. A lo largo de esa encadenada y no interrumpida sucesión de etapas, los hispanos fueron lentamente creando y recreando su estructura funcional, mediante la continua elección de nuevos rumbos dentro de la dinámica nunca caduca de sus posibilidades e imposibilidades operativas. Por obra del juego entrecruzado de la herencia o contextura vital, de los héroes, del azar y del destino, para mí: la voluntad suprema de Dios.

Sus teorías historiográficas merecen también algunos reparos. « Una adecuada concepción de la historia — escribe — ha de hacer simultáneamente posible ordenar el confuso fluir de la vida como algo unívoco y significativo (hispano, romano, chino, etc.) y hacer perceptible el quien al cual puede atribuirse segura y auténticamente lo hispano, lo romano, etc. ... de la vida histórica ». La historia sería así un puro clasificar de formas de vida y de tipos históricos. ¿ Pueden dejarse de lado los grandes procesos históricos — políticos y culturales — que han ido condicionando la formación y los cambios de las estructuras funcionales de pueblos o naciones? ¿ Es lícito olvidar todas las conexiones y vinculaciones de amplias perspectivas que traban, dentro de unidades de radio supranacional, las culturas y las contexturas vitales de las diversas comunidades históricas? ¿ Cabe prescindir de la discriminación crítica de todo el juego de fuerzas que han realizado la genética acuñación de cada comunidad humana y han cuajado su temperamento y sus tradiciones? »

Con gesto desdeñoso Castro dice: « La historia escrita no pasa de ser cuando es algo un género literario de segunda categoría ». La historia es mucho más.

Y es difícil por último asentir a su tesis sobre la que pudiéramos llamar investigación histórica dirigida que Castro propugna. El historiador puede elegir ésta o la otra limitada parcela del cosmos de la historia para estudiarla con la mayor agudeza y pureza de visión posibles, pero sin otro proyecto que el de la búsqueda despaciosa y exhaustiva. En otro caso se dejarían, tal vez, a la vera del camino los datos más luminosos y decisivos para poder idear después una airosa construcción histórica.